Calderón de la Barca. Pedro.
La vida es sueño
Monner Sans, Ricardo
La vita è un sogno de Arturo
Farinelli.

R. MONNER SANS
(C. DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA)

LA VITA È UN SOGNO

DE

ARTURO FARINELLI

De la Revista de la Universidad de Buenos Aires, tomo XXXVIII
página 527 y siguientes

BUENOS AIRES
Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura de la Nación
1918

Al ilustre Buchanan amistoso recuerdo de S. afmo y s. s.

R. MONNER SANS
(C. DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA)

LA VITA È UN SOGNO

DE

ARTURO FARINELLI

De la Revista de la Universidad de Buenos Aires, tomo XXXVIII
página 527 y siguientes

BUENOS AIRES
Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura de la Nación
1918

LA VITA È UN SOGNO

Tal es el título de una de las últimas producciones del célebre hispanista italiano, Arturo Farinelli, y ya se inferirá que los dos tomos de que consta la obra se contraen pura y exclusivamente á analizar el drama inmortal de Calderón de la Barca, á poner al descubierto, tras largo viaje, las fuentes de comedia cuanto más leída más gustada, los puntos de analogia que tiene con otras del teatro español, y aún del extranjero, y á citar á los críticos que, con mayor ó menor extensión, de ella trataron, los más para aplaudir sin reservas la adaptación á la escena dè una idea que, si flotó en el ambiente desde la infancia del linaje humano, probable es que sigan rumiándola con resignada filosofía las generaciones por venir.

De los estudios sueltos de Farinelli, el que quizás llenó más de contento nuestro espíritu fué el dedicado a Gracián, á aquel escritor sutil, fino y delicado, que para revivir tuvo que buscar nueva cuna fuera de su patria; y si á aquel goce se suma que es el ilustre italiano crítico sagaz, y conocedor, no de oídas sino documentado, no sólo de nuestra literatura, así antigua como moderna, sino de la de diversos pueblos de Europa, y, por ende, muy leal amigo de España, ya se colegirá el pro. fundo respeto con que fueron acogidos los dos volúmenes dedicados por dicho autor al análisis pormenorizado de la *La vida es sueño,* obra en la que se juntaron para darle existencia real, la filosofía que obliga á pensar y la poesía que nos hace sentir.

Calderón y su teatro, aquellas recordadas *conversaciones públicas* del eminente polígrafo Menéndez y Pelayo, ¡cuánto contribuyeron, con posterior molestia para el insigne maestro, á amenguar la indiscutible valía de *La vida es sueño!* Porque

es el caso que la turbamulta de criticones y de criticastros, trocando en escudo el nombre del venerado catedrático, sonreía cuando unos pocos opinábamos que con ser más que hermosa, escultural, la figura de *Pedro Crespo*, no alcanza a la mayestática grandeza de *Segismundo;* cuando afirmábamos que siendo joya del hispano teatro *El Alcalde de Zalamea*, su brillo queda amortiguado por los deslumbradores cambiantes de aquella otra piedra preciosa, sin segundo casi diríamos en la dramaturgia universal, brevísima historia del humano ser. Aún recordamos la mirada, mezcla de sorpresa y de benevolencia, con que nos envolvió cierto crítico argentino, cuando en su presencia nos atrevimos á afirmar que por cima de todas las producciones de nuestro copiosísimo y saqueado teatro, colocábamos la del vate madrileño, aquella en que el hombre nace cual fiera entre rústicas peñas para coronarse al fin rey de sus propias pasiones.

Cuando hace ya algunos años, y puestos en orden apuntes y papeletas, nos decidimos, apesar de la carencia de dotes oratorias, á dar lectura razonada de la obra á que nos vamos refiriendo, explicando á las futuras maestras el simbolismo de drama tan genial, no faltó quien, desde las alturas oficiales, censurase aquel doctrinal empeño, por creer, sin duda — epicúreo pensar — que era más provechoso enseñar á las generaciones en formación, cómo se puede vivir feliz y contento sin pensar en el más allá, que mostrarles cómo se deben templar las pasiones al fuego de la sana razón avivado al soplo de consoladoras creencias. Espíritus miopes, incapaces de apreciar en su pujante grandeza la obra inmortal de Calderón, tildaron de pecado enorme, digno de flagelación, el intento de elevar, aunque fuere por breves instantes, las mentes juveniles, hácia cuánto ensalza y dignifica al hombre.

¡La vida es sueño! ¡Se deleita tanto el ánimo al gustarla! Porque á la acordada música de un verso siempre cadencioso y sonoro, que ya el romance había cobrado honores de orquesta en las liras de nuestros vates del siglo de oro, une el ingenio de Calderón la riqueza de profundos pensamientos, tendentes todos á un sólo y único fin, la elevación de la personalidad humana, en cuanto ponga para alcanzarla, mordaza á sus pasiones y freno á sus apetitos. Obra real, tegida con elementos ideales, como real es *Don Quijote*, apesar de sus fingidas y locas aventuras; y así como Cervantes tuvo que esperar más de dos siglos para que la mirada sagaz de los críticos advir-

tiera cuánto hacen pensar aquellas malandanzas del inmortal caballero, Calderón tuvo también que aguardar por largo tiempo la aparición de una crítica despierta y avisada que descubriese la tendencia ética de su obra caudal, no obstante haberla advertido el autor á sus contemporáneos, al escribir, ya muy entrado en años, un *Auto Sacramental*, con el mismo título que el de su comedia.

Pero lleguemos, que ya es hora, al voluminoso trabajo del sabio Farinelli.

Sirve de atrio á la obra, estudio ámpliamente documentado, y razonado con acerada lógica, de la milenaria sentencia de la muerte, y como de la mano nos lleva á través de los místicos de todas las religiones, y de los pensadores de todos los pueblos. Se siguen con creciente y comprensible interés, gracias á la tersura del estilo, las afirmaciones de filósofos y poetas, desde las orientales literaturas hasta los teólogos y moralistas vecinos ya de Calderón, para probar cómo se fué afincando, no tan despacio como pudiera sospecharse, en todas las almas desterradas á este valle de lágrimas, la creencia de que la vida es sombra, humo, nada, verdadero sueño que termina al despertar en los brazos de la muerte. Esta maravillosa unidad de pensamiento, apesar del derrumbe de pueblos y creencias y civilizaciones, asegura más su importancia y trascendencia. A la eterna ley de la muerte, el hombre de todas las edades, agregó otra, la de la fugacidad de la vida; á una realidad, opuso otra. Pero al fatalismo de lo irremediable, que podía tender al aplanamiento enervador de la personalidad humana, y al quietismo, irritante valladar alzado ante el progreso universal, opuso el cristianismo la fe que alienta, la caridad que sublima, la esperanza en un risueño despertar en la eternal vigilia de la morada de los justos. Y así, teólogos y escriturarios, y místicos y ascetas, y poetas y dramaturgos, cuántos auscultan el ajeno y el propio corazón, ante las vacilaciones de los tímidos y los atropellos de los grandes levantan airoso pendón en el que se lee el mote moral, sillar de todas las agrupaciones, ley de todos los individuos, sillar y ley que Calderón asienta firme y escribe claro al decir:

« Obrar bien es lo que importa,
« si fuese verdad, por serlo,
« sino, por ganar amigos
« para cuando despertemos.

Nada perderemos, pues, en obrar bien: ¿que no es la vida un sueño? ¡Qué importa! Amigas nuestras serán todas las almas honradas y nobles. ¿Que hemos de despertar en los brazos de la muerte? Pues tras la satisfacción del deber cumplido, daremos en el mas allá con amigos, mejores que los terrenos, que nos recibirán con agasajo ya que habremos empleado la breve existencia en sembrar el bien, aun durmiendo.

Claro está que hay en este argumentar aparente contradicción, ya que si durante el sueño el hombre no es responsable de sus acciones, cuanto realice durante tal estado carece de provechosa ó perjudicial finalidad para él: ni se le puede premiar, ni se le debe castigar por los actos que verifique. Mas, téngase en cuenta que durante este sueño *verdad,* el hombre conserva su razón mortal y el libre albedrío de sus facultades, razón y albedrío que son los que, en definitiva, rigen todas las acciones del ser pensante. Siguiendo paso á paso el desarrollo de la fábula dramática, cifra y compendio de cuanto pensaron las generaciones anteriores á Calderón; reuniendo con sibárítico placer el conjunto de pensamientos, que por ser tantos casi desbordan de la obra, se llega á una conclusión, quizás la más hermosa del drama, y es que el hombre dueño de sí — que esto es *Segismundo* en el acto tercero — no juzga los sueños realidades, sino la realidad como sueño. No aborrece la vida por su caducidad, antes al contrario, de ella se sirve para lograr la propia perfección. La vida es batallar contínuo, dice el Evangelio, pero este batallar ha de ser más recio contra el enemigo interior que contra el exterior; y si, como afirma San Agustín *in interiore homine habitat veritas*, *Segismundo* de etapa en etapa, va en pos de esta verdad; de la gruta al palacio, y del palacio al fondo de su alma donde lee impresa por invisible mano la consoladora sentencia.

« obrar bien es lo que importa »

Hablando de los místicos y de los teólogos, afirma Farinelli que sus obras tienen más sabor de tierra que de cielo, y que toda aquella frondosa y exhuberante literatura «trae el aliento, el estremecimiento, reproduce la esperanza, el temor, el ansia, el éxtasis y el amor del pueblo que vive y lucha por la vida»; y bien apoya en esta idea el erudito italiano, como si se propusiera desmentir á cuantos aseguran que la extremada reli-

giosidad de los españoles causa fué de su abatimiento y pobreza. ¡Sí precisamente en aquellos siglos de fervor religioso fué cuando á mayor altura rayó la grandeza española! ¡Sí precisamente porque se pensaba en el Cielo, á la sombra de la cruz por Recaredo alzada como glorioso pendón, y á golpes de cimitarra y al centellear de aceros, se fué ensanchando día á día el hispano solar!

Hay á nuestro entender, y vaya la opinión como avanzada de lo que en ocasión más oportuna pensamos decir, analogía profunda entre el protagonista de *La vida es sueño,* y el inmortal *Caballero de la Triste figura:* la tesis final, definitiva, se nos antoja la misma.

Don Quijote dícele á Sancho postrado ya en su lecho de muerte: «Ya en los nidos de antaño, no hay pájaros ogaño; *yo fuí loco y ya soy çuerdo.* Ya yo no soy Don Quijote, sino Alonso Quijano, á quien mis costumbres me dieron renombre de *Bueno.*»

Segismundo, en las postreras escenas de la obra á que dió vida, dice sin decirlo: «Ya no soy fiera, ni salvaje, juguete de mis pasiones; soy hombre regido por la razón. Y en cuanto á procederes rectos, nobles, dignificantes, bien sé que la *bondad* es fuerza; y así en alta voz proclamo, desvanecido al parecer mi sueño, que

« Obrar bien es lo que importa etc.

Místico es Calderón: religioso, no por su traje talar, que no lo llevaba cuando escribió el drama que da motivo a estas líneas, pero sí porque de misticismo sano y alentador está impregnada su alma española; mas apesar de ello, en la fábula escénica nunca se habla de Dios, y bien lo hace notar Farinelli. ¿Qué diferencia hay entre la afirmación de San Juan de la Cruz al decir que «la vida pasa como sombra» y la de Calderón al proclamar que «la vida es sueño».? Poca: mas la diferencia es notable entre las obras de místicos y de ascetas y la del coloso de la escena hispana: aquellas tienden á recordar de contínuo que es el hombre pasajero en la tierra y que al término de su breve jornada ó puede dar con la condenación ó hallar la salvación eterna, en tanto que la de Calderón termina cuando deja al hombre en el pleno dominio de sus

pasiones, cuando ha averiguado, no sin lucha con cuanto le rodea y consigo mismo, que

« obrar bien es lo que importa »

Nada sabemos después de *Segismundo,* pero ¿para qué descorrer más la cortina? Con tal mote por divisa su salvación futura está asegurada, sin que el dramaturgo tenga necesidad de declararlo.

Después de recoger cuanto al respecto opinan los más esclarecidos autores así antiguos como contemporáneos de Calderón, sin olvidar al prodigioso Cervantes, que ya en *La Galatea* vierte el concepto de que vivir es soñar, Farinelli, con la desconcertante erudición que le distingue, demuestra cumplidamente como en todas las literaturas echó raíces la idea del breve vivir, de lo engañoso de la humana existencia, y de que pompas, grandezas y honores se desvanecen cual humo, al soplo de la muerte, con su lógico corolario de que los sobrevivientes por contados días, dirán con Jorge Manrique

« Las justas e los torneos,
« paramentos, bordaduras
« e cimeras
« ¿Fueron sino devaneos?
« ¿Qué fueron sino verduras
« de las eras?

Abrese el tomo segundo con el estudio del drama y la sentencia milenaria, ó sea del arraigado pensar en todas las èpocas de que el más venturoso existir es humo, sueño, nada. Mas « para que la gran lección, dice Farinelli, tuviese eficacia » era preciso que el tormento de la fábula antigua que lo entregaba como lote á los humildes pasara á las altas esferas, á las gradas de un trono, donde, por ofuscación. lo que se percibe, placeres, satisfacciones, bienestar, no se estima como fugaz. Acierto genial de Calderón, el de darle al atormentado la dignidad de príncipe, y llevarlo á la conquista de un reino, de esa *Polonia ideal* llamada felicidad tras la que afanosos çorremos todos los mortales; como feliz acierto fué también el título de la obra, que pudo apellidar *El príncipe Segismundo, La conversión de un príncipe, La vida revelada en un sueño,* etc. pero... ¡Cuánto habría languidecido la eficacia moral del drama!

Con razón afirma Farinelli que «un título es una vida, una conquista».

Tampoco podía ocultársele á crítico tan razonador como el analista de la producción calderoniana, la eterna contradicción latente siempre en el humano vivir. «Bien puede dice, la razón gritar: sueño; el corazón grita, realidad», y tan de acuerdo estamos con Farinelli, que han transcurrido ya más de ocho lustros desde el día en que, después de haber asistido á la representación del magno drama, cual papel de *Segismundo* interpretó de magistral manera el inolvidable Vico, nos refugiamos en nuestro humilde cuarto madrileño para escribir, repleto el cerebro de punzantes inquietudes, aquellos renglones cortos que figuran en nuestro libro *Fe y Amor*, cuartetas que comienzan y terminan así:

«¡La vida es sueño! Sarcasmo horrible,
bella mentira de Calderón,
no son, no, sueños en esta vida
las tristes penas del corazón
. . . .
Lo bello sueño; verdad lo triste,
muy pronto olvidas la diversión,
mas ¡ay! no olvidas tan facilmente
las penas tristes del corazón».

Gran conocedor Farinelli del corazón humano, amplía aquella idea que se adueñó de su cerebro, agregando: «la razón destruye despiadadamente una á una las ilusiones, y el corazón se recrea con ellas; y sobre el caduco engaño, crea otros engaños nuevos: el desierto reverdece, se repuebla el mundo, revive el amor y alcanza nuevo precio la beldad». Tal es la vida de Alonso Quijano, el Bueno, desde que por vez primera se aleja del innominado lugar de la Mancha hasta que á él regresa para morir cuerdo: los desengaños no logran adormecer sus ansias de soñadora redención; sobre las ruinas del palacio ideal alzado por su fantasía, vuelve á brotar seductora y lozana la flor de las ilusiones que con su aroma parece infundirle nuevos brios y alientos nuevos para que proseguir pueda sin desmayos su caballeresca peregrinación.

Segismundo vacila, sí, porque el dudar fué siempre comienzo de sabiduría: Farinelli recoge esta idea, que flota también sobre todas las literaturas, cuando escribe: «Bienvenida sea

también la duda que afina y reaviva el juicio». Pero la duda del héroe calderoniano, no es la duda fría y desconcertante de Hamlet: duda mientras no llega al dominio de sus pasiones: cuando logra encadenarlas por el acerado freno de la razón, prorrumpe entre orgulloso y satisfecho, casi seguro del vencimiento:

«A reinar, fortuna, vamos;
«no me despiertes si duermo,
«y si es verdad no me aduermas.

Y este *reinar* bien significa para él y para el común de los mortales, *vivir*, vivir batallando siempre, sí, pero vivir, llevando sobre sus hombros el pesado bagaje de sus miserias, en sus entrañas amor para todos y en su cerebro el luminoso haz de sus pensamientos é ilusiones. Porque esta vida que el cielo nos dió, si acertamos á regirla bien, abrirnos puede hoy el templo de la conformidad, mañana el alcázar dó moran los justos. «El alma, escribe Farinelli en otro pasaje de su libro, que procede de Dios y con Dios anhela juntarse, tiene fuerza autónoma, y solo concede la facultad de percibir lo real, de afirmarse en que existe, que vive verdaderamente al través de los engaños, de las ilusiones, de las contradicciones de los sentidos». Si Descartes pudo asegurar que existía porque pensaba, más lógico y más humano es *Segismundo* al exclamar, después de breve reflexión, refiriéndose al amor

«que fué verdad, pienso yo,
«en que todo se acabó
«y esto solo no se acaba.

ya que el pensar con conocimiento, el ahondar en los grandes problemas que de continuo se plantea la razón humana, privilegio es de unos pocos, en tanto que el amor, lo mismo se esconde bajo el manto real que só el pellico del pastor, lo mismo anida en el soberbio palacio que en la choza más humilde y destartalada. Destrúyase el mundo; hágase que los hombres se despedacen entre sí; imagínese lo más terrible que pueda concebir la fantasía más chacalesca y diabólica, y, no cabe duda, sobre aquel horrendo Caos, aquel mar de sangre, aquellas infernales tragedias, flotará albo, puro, inmaculado un amor siquiera, el amor de madre, y á su lado como

triste pasionaria, el amor de la vírgen inocente, que para desgranar cariños y esparcir dulzuras solo espera una voz que semejante á la que oyera Lázaro le diga: «levántate y ama».

Y este amor purísimo, ideal, es el que á manera de nube envuelve y arrebola el Renacimiento; y ese amor puro, casi impalpable, es el que en brazos del catolisismo y arrullado por los divinos mandamientos penetró en la España de los siglos medios para poner cantares en las guzlas de los trovadores, estocadas en los puños de los caballeros y en los labios decires y cortesías, blasfémias y devociones, encaminado todo á demostrar que solo alcanza el hombre la plenitud de su vida, cuando lo real y lo fantástico, lo ideal y lo tangible, cuanto hermoso hay en la tierra y cuanto sublime nos es dable entrever en el cielo, se funden en el humano cerebro para embellecer, siquiera por cortos instantes, el mortal viaje.

Conocedor Farinelli como pocos de la literatura española, razonable es pensar que, como pocos conoce también la historia política de la península hispana, y tales saberes se manifiestan á cada paso en *La Vita è un sogno,* sin preocuparse de que sus afirmaciones destruir pueden las aseveraciones de determinadas escuelas; y así haciendo oidos de mercader á cuantos ahuecando la voz propalan, tal vez sin propio convencimiento, que la Iglesia avasalló cerebros y estrujó corazones escribe:

«Era, sin embargo, de esa España que nos figuramos siempre ligada á las antiguas tradiciones, sumisa y devotísima con los dogmas y preceptos de la fe, de donde partían en el siglo del Renacimiento las lecciones más agudas á la arrogancia humana, y á la presunción de los necios de descorrer el misterio del ser, de penetrar la verdad, y tocar la esencia de las cosas».

«Toda la literatura—dice más adelante—trae el aliento del pueblo que vive y lucha por la vida», aliento y lucha que se advierte en sus atrevidos dramas, en su novelería picaresca, en sus mismas discusiones teológicas que degeneraban no pocas veces en violentas disputas. De todo se habla; sobre todo se escribe, y porque en oposición al influjo astral se alzó el libre albedrío, el hombre se constituye en dueño absoluto de sus acciones, y, por consiguiente, en responsable de sus actos.

¡El influjo de las estrellas! Cierto que es el pedestal sobre

que descansa el drama calderoniano, mas ¿en qué pueblo, por aquellas centurias, no se creía en su influencia? «La Iglesia más ortodoxa — dice Farinelli — dejaba que formulasen predicciones los oráculos y astrólogos; no desaprobaba, no aprobaba; solo intervenía en los casos extremos, cuando el loco arbitrio de los adivinadores ofendía la majestad ó santidad del Evangelio. Humanistas y reformistas, en efecto, católicos y protestantes, filósofos y poetas, lejos de repudiar como escuela estraña y errónea la ciencia de los astrólogos, la respetan y la cultivan, buscando robustecerla con nuevas experiencias».

Sin embargo, pasan días y corren años, y apesar de que Tycho-Brahe, Képler, el mismo Galileo, admiten el influjo de los astros, la creencia va perdiendo adeptos, gracias quizás á la doctrina de Santo Tomás y á la categórica proclamación del libre albedrio. Calderón piensa siempre en él y talvez por la solidez de sus estudios, por su religiosidad, más tarde por su carácter sacerdotal, se propone demostrar la falsedad de los oráculos, que esta es en resúmen la tésis de *La vida es sueño.* Tanto en ésta, como en varias de sus comedias, en *El Tetrarca,* en *El Astrólogo fingido,* en *El mayor mónstruo los celos,* en *El verdadero Dios Pan,* si no niega en absoluto, porque la idea estaba aún en el ambiente, el influjo de las estrellas, afirma que el libre albedrio puede vencerlo. No asegura como Lope que

... de dar crédito a sueños
el mismo cielo se ofende

antes cree que *vir sapiens dominabitur astris;* y con esta creencia por divisa pone en boca de *Basilio* estos versos que fijan de una vez por todas su pensar:

Porque el hado más esquivo,
la inclinación más violenta,
el planeta más impío,
solo el albedrio inclinan,
no fuerzan el albedrio.

¡Ojalá que á la avasalladora ley de la herencia, de la que con júbilo se apoderó cierta escuela, que tiende á borrar responsabilidades, se opusiera con toda claridad el libre albedrio!

¿Por qué drama tan trascendental tardó tanto tiempo en ser comprendido y apreciado? ¿Porqué aun hoy muchos, los más

de los que lo oyen ó lo leen, aplauden la sonoridad de aquella versificación, á ratos gongorina, pero siempre robusta, sin fijarse en su magistral elevación? Que el público grueso celebre con verdadero entusiasmo la escena VI del acto II, aquella en que, por vez primera, se encuentran frente a frente padre é hijo, se explica con facilidad, que siempre fué el vulgo amigo de reyertas y de desplantes; mas que personas al parecer de no común ilustración se hayan entretenido en hacer resaltar la inverisimilitud de la fábula, inverisimilitud que, según prueba cumplidamente Farinelli, es antiquísima, y por consiguiente no nacida en el cerebro del vate madrileño, y no se hayan percatado del alcance filosófico de la obra, esto es lo en verdad inconcebible hoy que, quien más quien menos, para dar muestras de entendido, pretende descubrir tesis en todos los dramas.

Porque, y esto se ha dicho ya hoy en todos los tonos y en distintos idiomas, «*Segismundo* pierde el sagrado sello de su personalidad para erigirse —estampa Farinelli— en tipo, y no en el tipo de una virtud ó de una pasión humana, sino en el tipo hombre», y así como al encararse el príncipe con *Estrella* la llama simplemente «*¡Mujer!*», el crítico de hoy al estudiar a *Segismundo* lo llama *Hombre*, el de ayer, el de hoy, el de mañana, sujeto á las miserias de su mortal existencia, pero con ansias nunca extinguidas de vida ultraterrena.

A últimos del siglo XVII y principios del XVIII floreció en España un varón erudito, gran conocedor de las lenguas clásicas y varias de las modernas, y además correctísimo poeta, enamorado, sin duda ¡hecho raro entonces! de la magna obra de Calderón, á juzgar por unas décimas, siete, que compuso sobre «*la vida*». Como muestra del estro poético de don Manuel Martí, que así se llamaba el autor de quien tratamos, permítasenos la transcripción de una décima. Dice asi:

«Pasa el hobre, si lo advierto,
«de muerte y vida asistido,
«en brazos, desta, dormido,
«de aquella en brazos, despierto.
«Mal, pues, deste estado incierto,
«el falso esplendor te place;
«pues cuando el curso deshace,
«que equivocado se infiere
«viene á nacer cuando muere,
«viene á morir cuando nace».

Despues de leídas atentamente las setecientas cincuenta páginas de *La Vita è un Sogno,* suma á que alcanzan los dos tomos, se adquiere el convencimiento de que ellas brotaron de un potente cerebro, gran conocedor de la historia literaria universal, y muy enamorado del asunto, que estudia bajo todos sus aspectos. Abruma la erudición que tal trabajo revela, y bien puede asegurarse que Farinelli ha agotado el tema; dificilmente se podrá decir más ni mejor dicho. Los futuros críticos de la monumental comedia no tienen porque devanarse los sesos en procura de datos: los Apéndices, vienen á ser nutrida bibliografía de cuantos escritores, con mayor ó menor extensión y profundidad analítica, hablaron de *La vida es sueño;* y si Calderón desde el empíreo arroja un gajo del laurel que orla sus sienes para que engalane la frente del sabio italiano, España, á falta de tangible diadema le tegerá de contínuo coronas de gratitud, al eco de los aplausos de las presentes y futuras generaciones.

La Vita è un Sogno honra por igual á Calderón y á Farinelli, á España, patria del primero, y á Italia, cuna del segundo.

R. Monner Sans.

Marzo de 1918.